

EL TAMBORITO Y LA MEJORANA

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

El litoral norte del Pacífico colombiano, posee una de las más ricas y abandonadas vetas del folclor musical. La presencia del indígena, que aún sobrevive en rudimentaria vida; la nutrida población negra que constituye la mayoría, y la extraviada descendencia del conquistador, atraída por la leyenda de playas con arenas de oro, más que por los ríos auríferos, constituyeron firme argamasa para la mulatería y el mestizaje folclórico.

Los dos aires musicales propios de la región, la Mejorana y el Tamborito, son riquísimos en melodía, ritmo y en la copla. Extraños fenómenos de sincretización les han dado origen. Los cununos y otros tambores de los habitantes del sur del litoral, si se conocieron en el norte, no alcanzaron a integrarse firmemente en el folclor, habiéndose preferido el tamborito, pequeño tambor de madera, en forma de cono truncado, de solo parche, estirado con cuerdas y cuñas. Su altura es escasa —25 o 30 centímetros— y se usa individualmente, a diferencia de los bongoes antillanos que se emparejan con unidades de dos tonos. Revive este instrumento alguna vieja técnica tamboril indígena o ha sido un aporte africano? He aquí un apasionante tema para los futuros investigadores. El tamborito, en nuestras costas, sirve hoy como acompañamiento al canto o grupo de ellos, que a su vez, lo hacen con el palmoteo.

El proceso de revitalización y enriquecimiento que se opera en el Tamborito panameño —hermano gemelo del nuestro por sus primitivos componentes y orígenes étnicos— es muy contrario en Panamá que en Colombia. Allá, al ser encumbrado a la categoría de expresión nacional, ha recibido el estímulo del gobierno y de los artistas, en tanto que el tamborito colombiano, menospreciado y refundido en el aislamiento costanero, al igual que su desafortunado cultivador, el costeño del Pacífico, ha venido en muengua, perdiendo el uso de instrumentos indígenas, como la flauta, sin que se le haya constituido por otros más ricos. En Panamá se orquestó, introduciéndole incluso el órgano, popularizándolo dentro y fuera del país, y aun ennobleciéndolo con la inspirada elaboración de los

más destacados músicos nacionales, como el eminente compositor Cordero, que inspiró en su temática varias de sus más destacadas obras sinfónicas.

En nuestro medio todavía se le oye acompañar por recalitrantes flautas indígenas que no se resignan a perder su voz; pero lo general es que se le cante y palmoree acompañado de tamboritos, la expresión más rudimentaria a que pueda llegar un canto folclórico que en el pasado gozó de vitalidad y riquezas musicales. El tamborito se bailaba y cantaba con gran pompa en los pueblos costaneros que recibían el influjo de la ciudad de Panamá, abierta a su vez a fuertes corrientes migratorias y musicales. La propensión del negro a imitar el vestuario lujoso de sus amos, lo llevó a incorporar a su folclor copia de la moda de la Corte que traían las damas españolas a estas tierras. Como en Brasil, Cuba, Haití y otras regiones con nutrida población negra, entre nosotros también se popularizó el atavío de flamantes polleras, ataviadas con lentejuelas y bordados en hilos de plata y oro. Turbantes, gorros, plumas; joyas de oro: pulseras, collares, rodajas y aretes, que se lucían en fiestas y ceremonias. La gran masa de la mulatería, que no alcanzaba a tener recursos para llevar el boato de los amos y señores, se contentaba con simularlos en sus cabildos o fiestas de carnaval. Igual acontecía en Cartagena y otras ciudades del litoral Atlántico. De todo este pasado colonial que se fue perdiendo en la República, no ha quedado sino el uso de la pollera adornada con arabescos y lentejuelas, muy pobre entre nosotros, pero riquísima en bordados y dibujos en Panamá. El Tamborito panameño, no solo se ha aristocratizado con la afluencia de instrumentos orquestales, sino que su baile, así como su vestuario, han adquirido tales riquezas, que a su lado, el Tamborito chocoano, aparece como un olvidado miembro de familia caído en desgracia.

Pero con toda su mengua, subsiste y alimenta al pueblo del litoral Pacífico colombiano. Todavía se le oye por las noches, en los días de fiesta y en toda jarana, lleno de vida y plenitud. Lo bailan adultos, niños, y jóvenes. Desde luego que en la medida en que penetran nuevas influencias civilizadoras, radio y radiolas, la tendencia es de suplirlo por la música foránea u otros aires nacionales, y seguramente, de proseguir la incuria por su defensa y cultivo, con el próximo paso de la carretera Panamericana a lo largo del Chocó, el Tamborito y la Mejorana, quedarán sepultados bajo los cantos y bailes que lleven las nuevas migraciones.

Poco se distinguen entre sí el Tamborito y la Mejorana, nacidos en iguales circunstancias históricas y raciales. Es posible que el investigador y el músico descubran características fundamentales que los diferencien. Las Mejoranas que hemos escuchado, tienen una fresca socarronería en la copla, picante y burlona, no exenta de cálida inspiración popular. En cambio, el Tamborito parece ser el canto por excelencia para expresar el gran sentimiento marinero que tiene el habitante del litoral. Sus imágenes buscan en el paisaje del mar su inspiración, ligándolas a la temática del amor fugaz y pasajero.